

Reboratti, Carlos. **La Argentina rural entre la modernización y la exclusión.** *En publicación: América Latina: cidade, campo e turismo. Amalia Inés Geraiges de Lemos, Mónica Arroyo, María Laura Silveira. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, San Pablo. Diciembre 2006.*

ISBN 978-987-1183-64-7

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/lemos/10reborat.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

SEGUNDA PARTE

O CAMPO EM DEBATE



CARLOS REBORATTI*

LA ARGENTINA RURAL ENTRE LA MODERNIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Los últimos 20 años han sido el escenario de una serie de cambios radicales en el agro argentino, y seguramente el más espectacular es el proceso de crecimiento de la producción de granos en la región pampeana y algunos sectores del norte del país. Este crecimiento vino de la mano de una serie de cambios en la estructura agraria y en los sistemas de producción y distribución, y produjo un efecto notable en la propia imagen que tiene el resto de la población de la producción agrícola. Por otra parte, en el resto del país la situación oscila entre la formación de algunos polos de desarrollo productivo y tecnológico agrícolas, rodeados de zonas que todavía se debaten por salir de la crisis y, más allá, el sector campesino que continúa tan olvidado y marginado como siempre lo fue. En este trabajo se intenta brindar un panorama de esa compleja situación y se busca una mirada prospectiva realista, definiendo posibles escenarios futuros.

LOS ANTECEDENTES Y LOS CAMBIOS

Hacia fines de los `60, el campo argentino parecía estar en una etapa terminal en cuanto a sus posibilidades de crecimiento productivo. La

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

estructura agraria se basaba en por lo menos cuatro grupos de productores: grandes, medianos y pequeños, a los que se sumaba una masa considerable de campesinos, buena parte de ellos semi asalariados y dependientes en sus ingresos monetarios de un mercado de trabajo estacional crecientemente frágil.

En la región pampeana, la mejor dotada naturalmente y la fuente más importante de producción agraria, la falta de mejoramiento tecnológico había estancado la producción y la productividad. Lejos habían quedado los tiempos en que la producción se podía expandir mediante el crecimiento territorial, solo un cambio tecnológico o una modificación en el peso relativo de los usos de la tierra podían mejorar la situación. Habiendo adoptado la estrategia del uso flexible de la tierra durante buena parte del siglo, alternando entre agricultura y ganadería, se había logrado mantener en forma aceptable la capacidad productiva de los suelos, pero a costa de un estancamiento de la producción agrícola y ganadera. Los cambios tecnológicos adoptados habían sido empujados por algún tipo de problemas en la oferta de insumos, como fue el reemplazo de mano de obra por maquinarias a principios de siglo y más tarde el de los animales de tiro por tractores, pero pasado el medio siglo no parecía haber un nuevo impulso para adoptar nuevas tecnologías (Barsky y Gelman, 2001; Reboratti y Sabalain, 2002).

En el resto de la Argentina rural, la situación era distinta. Las áreas de producción agrícola por lo general estaban fuertemente ligadas al mercado interno y sufrían los vaivenes de un mercado pequeño, con situaciones de sobreproducción que trataban de atenuarse mediante la creación de organismos de regulación, como los de la yerba mate en el nordeste del país. Esto no salvaba a las áreas productivas de caer en profundas crisis, a veces tan fuertes como las de la producción algodonera en la década del 50 y la de la caña de azúcar en los 60, que afectaron sobre todo a los pequeños productores y generaron verdaderas migraciones masivas hacia los centros urbanos. Las únicas producciones que mostraban dinamismo eran las más nuevas, como la producción de frutas del norte de la Patagonia, que se dirigía en buena medida al mercado externo, y la producción de tabaco claro de algunos valles del noroeste, dirigido a un mercado interno que exhibía cierto dinamismo. Al contrario de la región pampeana y las zonas de producción moderna, donde los productores medianos predominaban, en el resto del país la estructura agraria estaba muy fuertemente basada en un gran número de muy pequeños productores, de escasa o nula capacidad de capitalización y sin ninguna flexibilidad productiva. Rodeando como un halo imaginario a estas dos Argentinas, había un tercera, la de los campesinos e indígenas que vivían arrinconados en las regiones peor dotadas naturalmente, desarrollando actividades de subsistencia, combinadas eventualmente con trabajos temporarios estacionales en las áreas de producción comercial (por ejemplo como cosecheros) (Manzanal, 1993).

A partir de la década del 70, y con fuerza creciente en los veinte años posteriores, los cambios se precipitaron en algunas regiones. Para tener una idea de ello, podemos comparar (Cuadro 1) la estructura agraria del país en dos momentos del cambio, 1988 y 2002, correspondientes a los dos censos agropecuarios relevados en la época (y, vale la pena decirlo, realizados con criterios modernos, confiables y efectivos). Como se puede advertir, y aun considerando que se trata de datos muy agregados y que reflejan situaciones regionales muy distintas, en esos 14 años se produjo un fuerte proceso de concentración de la producción y de la tierra, con una notable disminución de los pequeños y medianos productores y un aumento considerable de los grandes, que en ese período adquirieron el control productivo sobre 18 millones de hectáreas. Cabe preguntarse, ¿qué había sucedido para justificar ese cambio?

Los primeros signos de modificación de la situación se notaron en la región pampeana, con la adopción de algunos de los elementos tecnológicos de la Revolución Verde. Aunque el paquete tecnológico de alta productividad exigía la adopción de nuevas variedades, el uso de agroquímicos, maquinaria más potente e irrigación fue adoptado solo parcialmente. Estos cambios fueron suficientes para empujar un aumento de la productividad. Se adoptaron con relativa rapidez nuevas variedades de cultivos, como el trigo mexicano de ciclo corto y el maíz híbrido (si bien éste ya existía en el país). Como agroquímicos se usaron los herbicidas y pesticidas, confiando en la tradicional fertilidad de la pampa para evitar los costos de utilizar fertilizantes. Teniendo en cuenta lo que sucedería más tarde, lo que importa de la Revolución Verde en la región pampeana fue que permitió la entrada de la soja para aparearla con el trigo y así generar dos cosechas anuales, algo inédito en la región.

LA SOJA COMO MOTOR DEL CAMBIO PAMPEANO

La tecnología para la producción de soja era conocida y era también conocido el potencial de la pampa para su producción, pero todavía no se había recibido el estímulo necesario. Unos años antes se había intentado impulsar la producción sojera en el noroeste del país sin demasiado éxito (Vessuri, 1975). Cerca de la frontera, en el sur del Brasil, ya era un cultivo exitoso (si no tenemos en cuenta el tema ambiental) (Warnken, 1999). La posibilidad del doble producto generó un cambio radical en el sector más fértil de la región, la llamada pampa húmeda. Hasta los '70, las condiciones climáticas y el tipo de producción adoptado en la región habían limitado la posibilidad de tener más de una cosecha por año, y los campos, una vez cosechados, quedaban vacíos o, en el mejor de los casos, se pastoreaba ganado en los rastrojos. Los principales actores en este período fueron los productores medianos apoyados tradicionalmente por el Estado a través de la actividad del Instituto Nacional de

Tecnología Agropecuaria (INTA), un vehículo eficiente de distribución de conocimientos tecnológicos. El nuevo trigo se plantaba en agosto y, dada su capacidad de crecimiento rápido, se cosechaba en diciembre. Esto permitía que los mismos campos fueran utilizados para la soja, que se plantaba a principios de enero y se cosechaba en mayo. Los beneficios eran altos, pero también lo era la presión sobre el suelo, que comenzó a sentir los efectos de dos cultivos al año sin usar fertilizantes (Morello y Solbrig, 1997). Si bien esto frenó la expansión del doble cultivo, que sólo se mantuvo en algunas situaciones y con el agregado de altas dosis de fertilizantes, produjo un efecto importante: la introducción definitiva de la producción sojera en la llanura pampeana. Podemos tomar a los '80 como el período de transición, y a la década posterior como la de amplia predominancia sojera.

La potencialidad ambiental pampeana para la producción de soja ya había sido probada, las tecnologías de producción no eran demasiado diferentes a las de los cereales clásicos, los mercados internacionales estaban abiertos y creciendo rápidamente y los precios se mantenían altos. El "giro productivo" estaba en pleno auge y la biotecnología entró para acelerar el proceso. La nueva Revolución Verde era un complejo sistema de nuevos procesos de manejo del suelo, semillas genéticamente tratadas, maquinaria agrícola de mayor tamaño y complejidad, a veces sistemas de riego complementario, sistemas de almacenamiento baratos y flexibles y una fuerte articulación de la producción agraria a cadenas y complejos agroalimenticios.

El sistema clásico de manejo de suelo en la región pampeana consistía en varias pasadas de maquinaria, dirigidos a enterrar el barbecho, alisar los suelos, realizar surcos, sembrar, combatir malezas y cosechar. No menos de cinco veces por año los suelos eran cavados, removidos, dados vuelta, pulverizados y aplanados. Fue un verdadero milagro que los procesos de erosión tardaran tanto tiempo en comenzar a hacerse evidentes. A partir de los '90 comenzó a expandirse rápidamente un nuevo credo tecnológico: labranza cero y siembra directa. En buena medida eso significa una vuelta a los antiguos sistemas precolombinos de cultivo, solo que en una mayor escala y ayudados por la maquinaria en vez del trabajo humano. Al no remover el suelo más de lo estrictamente necesario, se mantiene la humedad del subsuelo, no se afectan los microorganismos activos en los procesos de degradación biológica y se mantiene la estructura radicular, evitando los procesos de erosión hídrica y eólica. Esto significa que los restos de la cosecha anterior quedan en el suelo, lo que es muy positivo desde el punto de vista del retorno de nutrientes al suelo y la contención de la erosión. En contrapartida, las pestes y las malezas se difunden muy rápidamente, lo que obliga al uso masivo de biocidas. Lo que por un lado es un uso conservacionista, por otro significa la aplicación agresiva de agroquímicos contaminantes.

Aun cuando la nueva agricultura se define como “sostenible”, es algo bastante difícil de probar y sostener, dado que se trata, en realidad, de un sistema abierto donde la productividad se basa sólo parcialmente en el manejo de los recursos naturales y muy fuertemente en la introducción de insumos energéticos externos, por supuesto que a un costo que debe ser menor que los ingresos previsibles (Pengue, 2000).

Junto con la labranza cero y la siembra directa, la medida más efectiva y la más discutida ha sido evidentemente la adopción masiva de semillas genéticamente modificadas. Dos de ellas fueron las más importantes, la soja RR y el maíz Bt¹ (aunque posteriormente se aprobó también el maíz RR). Las semillas RR son semillas genéticamente modificadas para hacer el cultivo resistente al glifosato, un herbicida de amplio espectro cuya patente ha vencido, lo que lo hace más barato en el mercado de agroquímicos. Esta característica reduce el número y precio de las fumigaciones, reduciendo de esa manera el costo general de producción. El éxito de la semilla RR fue increíble, y en la actualidad casi el 90% de la soja plantada lo es con esa semilla, convirtiendo a la Argentina en el país con mayor porcentaje de adopción de esta semilla en el mundo entero (Larreche y Firpo Benta, 1999; Bisang y Gutman, 2001).

La nueva Revolución Verde implicó también la utilización de nueva maquinaria más sofisticada e incluso, y en el caso de algunos productores muy grandes, el uso de la llamada “agricultura de precisión”, con tractores equipados con computadoras y GPS². Las ferias agrícolas pampeanas, ampliamente publicitadas, muestran claramente la tendencia al uso de este tipo de maquinarias, lo que implica campos más grandes, sistemas de manejo más sofisticado y, por supuesto, una mayor inversión de capital.

En algunos casos, las variaciones en el régimen de lluvias de la región pampeana (usualmente no muy importantes) son controladas en sus efectos sobre la producción agrícola mediante el uso de riego complementario, basado en maquinarias de riego por aspersión que utilizan agua subterránea. Si bien esto aumenta mucho la productividad, los costos de instalación son altos y sobre todo no se parte de un conocimiento cabal del recurso que se está utilizando, lo que pone un signo de interrogación sobre las posibilidades de uso futuro. De todas maneras, la expansión sojera fue acompañada por un ciclo húmedo, lo que hace muy marginal la necesidad de uso de este tipo de equipamiento, además limitado por la utilización masiva del arriendo como forma de tenencia de la tierra.

1 RR significa “Roundup Resistant”, siendo Roundup el nombre comercial del glifosato; Bt significa bacillus turingensis, contra el cual se inmuniza la planta.

2 Global Positional System, un sistema de posicionamiento de alta precisión que utiliza señales satelitales.

Por muchos años, el cuello de botella de la producción cerealera en Argentina había sido el almacenamiento y transporte de los granos, ya sea a los puertos o a las fábricas. Dado que la capacidad de almacenamiento en el propio establecimiento era muy baja por los costos que implicaba, el grano debía venderse o transportarse rápidamente a los silos locales, lo que significaba poca capacidad de negociación de precios o altos costos de almacenamiento. Entonces, se comenzaron a ofrecer sistemas flexibles y baratos de ensilado en la forma de gigantescas bolsas de plástico que se ubican en trincheras, donde el grano puede ser guardado, fumigado y secado a la espera de mejores precios.

Una de las características más importantes de la producción sojera es que está totalmente integrada como un eslabón más a una cadena productiva. Esta comienza con las grandes compañías que comercializan semillas mejoradas y agroquímicos, y continúa con la venta para la exportación o la industrialización luego del momento de producción. En buena medida la soja no se exporta como grano sino transformada en aceite y alimentos balanceados para animales. Es por esto que el aumento de la producción incluyó la construcción de grandes fábricas de aceite y puertos privados cerealeros y aceiteros. La soja está integrada en un sistema extremadamente complejo y difuso, donde grandes compañías internacionales de agroquímicos y semillas, carteles de exportación cerealera, capitales financieros nacionales e internacionales y grandes productores agrícolas se mezclan en un sistema donde no siempre es fácil definir los límites entre actores. (Giarracca, 1996; Goodman y Watts, 1997 y Silva, 1994).

LA EXPANSIÓN SOJERA Y SUS CONSECUENCIAS

La breve historia de la producción sojera en Argentina es realmente notable: de un cultivo prácticamente desconocido en la década del 70 pasó a ser el primer producto agrícola del país, cubriendo más de 12 millones de hectáreas que generaban unos 35 millones de toneladas para el año 2003, casi triplicando la productividad por unidad de terreno. La expansión sojera produjo un agudo proceso de agriculturización en la pampa, apartándose de la habitual oscilación entre agricultura y ganadería que caracterizaba sobre todo a los grandes productores. Mucha de la tierra antes utilizada para la ganadería a campo fue transferida a la producción sojera, mientras el ganado o bien se concentraba en *feed lots* o era desplazado hacia las provincias peripampeanas. Entre 1988 y 2002 la región pampeana perdió más de 2 millones de cabezas de vacunos y 3 millones de ovinos, mientras que la superficie implantada con granos aumentó en 4,6 millones de hectáreas.

Pero la agriculturización no significó diversificación, ya que el resto de los cultivos “clásicos” pampeanos, como el maíz, el trigo y el gi-

rasol, se estancaron o disminuyeron al no poder competir ni en costos ni en precios con la soja, lo que realmente pone en duda la sostenibilidad ambiental de la producción a mediano plazo ante la falta de rotación.

En cuanto a la estructura agraria, el “efecto soja”, debido a la escala requerida por el nuevo paquete tecnológico, se concentró principalmente en los grandes productores, transformados ahora en “agri-business”, o sea establecimientos totalmente diferentes a la vieja idea del latifundio pampeano. Los grandes productores sojeros prefieren arrendar la tierra en vez de poseer grandes superficies, lo que les permite concentrar la inversión de capital en tecnología de maquinaria y la compra de insumos. La no posesión de la tierra hace posible adoptar estrategias geográficas de disminución de riesgo climático, presionar libremente sobre los recursos naturales e influir en el mercado de tierras en alquiler. A estos agricultores se les suma una nueva opción, la de los llamados “pool de siembra”, capitales de origen financiero que atraídos por la alta rentabilidad de la producción arriendan las tierras y terciarizan las actividades productivas.

Ante el nuevo paquete tecnológico, los pequeños y medianos productores con escasa capacidad de acceso al capital optan generalmente por la salida del arriendo o la venta de sus campos, empujados por los increíblemente altos niveles de precios. Así, en la década del '90 la región pampeana vio aumentar el tamaño promedio de los predios de 390 a 530 hectáreas. Vaciados los campos de productores y peones, se pueblan ahora por tractores y camiones que navegan en un verde mar de soja.

La expansión sojera, hambrienta de tierras y aprovechando los bajos precios relativos, comenzó a expandirse hacia el norte. Ya a fines de la década del 80 la soja había penetrado en los campos recién deforestados del Umbral al Chaco, siguiendo a la producción porotera y alcanzando a principios de los 90 la frontera boliviana (Reboratti, 1992). Pero los últimos años vieron también expandirse la soja hacia el noreste, sobre todo sobre la llanura chaqueña. Aquí la situación ambiental es diferente, ya que en ambos casos la expansión agrícola significa deforestación masiva y total, dejando los suelos muy frágiles cuando son desmontados, con una alta fertilidad natural solo en los primeros años y altos riesgos climáticos para la variabilidad interanual. Hasta ahora, la producción sojera no trata de adaptarse a las condiciones ambientales específicas de estas regiones nuevas, promoviendo una especie de “pampeanización” productiva que genera un impacto muy negativo sobre el ambiente.

MODERNIZACIÓN Y EXCLUSIÓN EN LAS REGIONES NO PAMPEANAS

El “efecto soja” no se trasladó al resto del país, salvo en las situaciones antes nombradas del norte. Las producciones agrícolas regionales siguieron caminos diferentes. En algunos casos, tomaron rápidamente el

ritmo de la modernización, como fue el caso de la vid en Cuyo, en otros los productores se mantuvieron sorteando las crisis gracias a algunos cambios relativos en los precios internacionales (como fue el caso del algodón) y, finalmente en el resto, los problemas solo se retrasaron al activarse el mercado interno con posterioridad a la crisis de fines del 2001. Sin embargo, eso no significa que la situación estructural haya mejorado ni mucho menos.

En el caso de la vid, la crisis de sobreproducción de los '70, unida a una disminución del consumo de vino de baja calidad, obligó a la reconversión productiva, dirigiéndose hacia los vinos de mejor calidad, varietales provenientes de cepas seleccionadas. Esto significó dejar afuera del sistema a aquellos que carecían de capacidad financiera para soportar los altos costos de implantación de nuevas variedades y la obligada espera de varios años para la producción. Por otra parte, las nuevas bodegas prefirieron producir su propia uva antes que comprar a otros productores y así muchos de los pequeños productores y los llamados “contratistas de viña”, arrendatarios de campos para la producción de vid, fueron desplazados. También significó la entrada de la producción en cadenas agroalimenticias muchas veces financiadas por grandes compañías multinacionales, que se apropiaron de las antiguas bodegas en quiebra, mejoraron la calidad de la vid, introdujeron nuevas y mejores variedades y se expandieron con mucho éxito hacia el mercado internacional, tradicionalmente descuidado. En esta expansión también intervinieron algunos capitales locales y otros llegados de otras regiones del país, dándole a la producción de vid y vinos una nueva configuración.

Las otras producciones regionales quedaron muy atrás en el proceso de modernización, atadas a problemas estructurales y amenazadas siempre por la potencial apertura de los mercados internacionales, como es el caso del azúcar y la previsible introducción de producción brasileña de la mano del MERCOSUR (Bolsi y Pucci, 1997). Tímidos y esporádicos intentos de atreverse a nuevas producciones, como las *berries*, los cultivos de invernáculo y algunas producciones orgánicas tienen buenas perspectivas, pero es difícil que solucionen los problemas generales de las áreas agrícolas empobrecidas (De Dios, 1998).

Una forma alternativa para paliar las crisis de las producciones no pampeanas fue la adoptada por el gobierno federal a partir de principios de los '90, cuando se pusieron en práctica varios planes de ayuda a los pequeños productores. El más extendido fue el Plan Social Agropecuario, dirigido a ayudar financieramente a pequeños productores para permitirles insertarse en el mercado. A este se superpuso el Programa de Iniciativas para el Desarrollo Rural, con fines similares pero más cercanos a un simple sistema de subsidios no retornables. Ambos planes solo fueron un paliativo para los problemas del campo, cubrieron menos del 10% de los pequeños productores rurales que eran su objetivo y fueron muy

poco eficientes en cuanto al manejo de los fondos, con fuertes gastos de gestión, complejos aparatos burocráticos y una gran lentitud en los procedimientos. En buena medida fueron luego reemplazados por la competencia de planes federales y provinciales de ayuda social destinados a paliar el problema del desempleo, como el Plan Jefes y Jefas de Hogar (Basco, 1997; Carballo, 1995 y Lombardo y Tort, 1999).

EL SECTOR CAMPESINO

No se puede decir que la crisis por la que pasaron y pasan las economías del interior del país hayan afectado seriamente al sector campesino e indígena, ya marginados históricamente y con cientos de años de exclusión. Sobrevivieron a esta especie de crisis estructural por su capacidad de auto-sustentación. Incluso, se podría decir que desde una perspectiva histórica están en mejor situación que antes: en el caso de las poblaciones indígenas, los cambios en la legislación y la reforma constitucional de 1994 reforzaron su identidad y les otorgaron derechos por los que están presionando fuertemente con más armas legales que antes; también ayudó la aparición de varios movimientos de apoyo a estas poblaciones bajo la forma de organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales. Los gobiernos responden a estas presiones en forma lenta y poco clara. Por ejemplo, la lucha por las tierras solo ocasionalmente ha tenido una respuesta efectiva. Si bien por un lado el gobierno nacional expropió algunas antiguas haciendas andinas y se las otorgó en propiedad comunitaria a las poblaciones locales, por otro lado los gobiernos provinciales no han sido capaces de solucionar problemas como el de la ocupación conflictiva de tierras fiscales entre indígenas y criollos, como sucede en el caso del Lote 55 en la Provincia de Salta.

Aunque muy poco estudiados, se han dado casos de ciertos movimientos hacia la recampesinización, sobre todo cuando el trabajo asalariado temporal de cosecha que complementaba la economía campesina comenzó a desaparecer de la mano de los procesos de mecanización de la producción azucarera y algodonera. Cuál será la respuesta de esta población campesina a mediano plazo, es algo muy difícil de predecir (Hocsman, 2002 y Occhipinti, 2002).

MIRANDO HACIA EL FUTURO

La tendencia a la polarización de la Argentina rural entre un grupo de productores “exitosos” y una masa de excluidos es creciente y difícil de solucionar. En primer lugar, se debería revertir la apertura neoliberal hacia los mercados no regulados que caracterizó la década de los ‘90, lo que no parece un pronóstico válido. Por otra parte, es difícil de regular la intrusión en la producción agraria de grandes conglomerados multinacionales, incrustados en varios momentos del proceso productivo y con

gran capacidad de control sobre toda la cadena, sin una decisión política y económica que no se encuentra, por ahora, a la vista. Tampoco hay que olvidar que, saliendo de un escenario de profunda crisis económica y social, la producción agrícola ha quedado como una de las fuentes más importante de ingresos fiscales, lo que lleva a los gobiernos a actuar muy cautamente cuando se trata de intervenir en el mercado.

Esto está muy claro en el ejemplo de la expansión de la soja: este tema ha generado una polémica que ha dividido al país en dos bandos: los pro y los anti soja. Los primeros exhiben, para justificar y promover la expansión, la dinámica y potencialidad futura de los mercados, la capacidad de absorción tecnológica de los actores, los altos precios y la inocuidad de la producción con transgénicos, adoptando lo que podríamos llamar una “sostenibilidad blanda”, donde los posibles problemas serían solucionados mediante el adelanto tecnológico.

Por otra parte, los enemigos de la soja hablan del efecto pernicioso sobre los suelos y la fragilidad sanitaria de un monocultivo, los posibles efectos de la soja en la salud, el peligro de la introducción de las multinacionales, la fragilidad de los mercados internacionales, su tendencia a la fijación de normas contrarias a los granos modificados genéticamente, la volatilidad de los precios, la falta de valor agregado a las exportaciones y los peligros de la dependencia de un solo producto (Grupo de Reflexión Rural, 2002 y Souza, 1999).

Pero es verdad que, ante un mercado internacional en expansión, que mantiene precios relativamente altos y se está abriendo a las semillas genéticamente modificadas, los enemigos de la “sojización” necesitan ofrecer alternativas válidas que vayan más allá de una simple posición ideológica o ética, fundamentos que no por nobles dejan de ser totalmente inefectivos en la práctica concreta de los productores. Ante todo esto, el Estado elige no hacer nada y no presionar por la regulación de, por ejemplo, las rotaciones con otros productos. En el fondo, es difícil que un gobierno se decida tan fácilmente a poner controles estrictos a una producción que le representa una entrada de 1.500 millones de dólares anuales en concepto de impuestos a la exportación.

Las llamadas “economías regionales” han recibido un salvavidas inesperado con la reactivación económica, pero ese salvavidas tiene una cuerda corta, ya que los problemas estructurales no se han solucionado y nada indica que se tienda a hacerlo. Por desgracia, en los últimos años las “soluciones” han venido de la mano del mercado desregulado, con la expulsión lisa y llana de los que no podían adaptarse a la nueva situación. Esto sucedió sin mayores costos políticos, sociales o económicos en Cuyo, en la zona tabacalera y en la de producción frutícola (Radovich *et al.*, 1999). Pero sería difícil pensar en una modernización dirigida a la captación de mercados externos en el caso de la yerba mate o del azúcar y aun en el del algodón. En todos ellos la presencia de la producción mi-

nifundista es mayoritaria y como es tradicional, la solución de la crisis ha sido la emigración, sin que nunca se llegue a poner en práctica un plan coherente de reconversión productiva, capitalización y promoción tecnológica adecuados para la escala de esos productores, “ineficientes” desde el punto de vista estrictamente mercantil.

La población de Argentina es hoy en día 93% urbana y para la mayor parte de esa población, y merced a una fuerte y efectiva campaña publicitaria, la imagen de una Argentina agrícola activa y eficiente ha tomado cuerpo. La implantación de esa figura en el imaginario social hace todavía más difícil buscar una solución para las otras argentinas agrarias, que en contraposición se ven como atrasadas, ineficientes y como solo fuente de problemas sociales y presión por subsidios. Aun tratando de alejarse de una afiliación neoliberal a ultranza como la que lo caracterizó en los '90, el Estado nacional no acierta en plantear una iniciativa válida para los excluidos del campo, y mucho menos lo pueden hacer los gobiernos provinciales, no solo empobrecidos sino también presos de una aparentemente infranqueable red de corrupción e ineficiencia.

Si antes la solución fue la emigración hacia las grandes ciudades, los problemas de seguridad, el desempleo y la alta de servicios esenciales que éstas vienen sufriendo hacen que el nuevo objetivo sean las capitales provinciales y las ciudades intermedias, que ofrecen mejores condiciones, están más cerca y todavía tienen cierta capacidad de absorción de población. De marginales rurales a marginales urbanos, ésta pareciera ser, otra vez, la triste solución adoptada por los excluidos del campo.

BIBLIOGRAFÍA

- Barsky, O. y Gelman, J. 2001 *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX* (Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori).
- Basco, M. 1997 *Modalidades de asistencia técnica a los productores agropecuarios en la Argentina* (Buenos Aires: IICA).
- Bisang, R. y Gutman, G. 2003 “Un equilibrio peligroso. Nuevas dinámicas en la producción agropecuaria” en *Encrucijadas* (Buenos Aires) 3/21.
- Bolsi, A. y Pucci, R. 1997 “Evolución y problemas de la agroindustria del azúcar” en *Problemas Agrarios del Noroeste Argentino* (San Miguel de Tucumán: UNT/Junta de Andalucía).
- Carballo, C. 1995 “Programa social agropecuario y cambio rural. Dos intentos para atenuar la crisis entre los agricultores” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 136.
- De Dios, R. 1998 “Políticas para la pequeña producción agropecuaria o el derecho a permanecer” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 158.

- Giarracca, N. 1996 "Procesos de globalización y cambios en la agricultura argentina" en Piñeiro Diego, (comp.) *Globalización, integración regional y consecuencias sociales sobre la agricultura* (Montevideo: AUGM - UNESCO, Universidad de la República).
- Goodman, D y Watts, D. 1997 *Globalising Food. Agrarian Questions and Global Restructuring* (Nueva York: Routledge).
- Grupo de Reflexión Rural 2002 "De los agro-negocios sin agricultores a una nueva cultura agraria: huecos en el debate sobre transgénicos" en *Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo* (Buenos Aires) N° 5.
- Hocsman, L. 2002 "Nuevo mercado de trabajo rural y gestión doméstica de los recursos en una comunidad andina" en *Estudios Sociales del NOA* (IIT Tilcara) 5/5.
- Larreche, H. y Firpo Benta, L. 1999 "State of the Soybean Industry in Argentina" en *Proceedings of the World Soybean Research Conference VI* (Chicago).
- Lombardo, P. y Tort, M. I. 1999 "Estrategias de intervención para pequeños y medianos productores agropecuarios en la década de los '90" en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 168.
- Manzanal, Mabel 1993 *Estrategias de sobrevivencia de los pobres rurales* CEAL.
- Morello, J. y Solbrig, O. (comp.) 1997 *Argentina, granero del mundo hasta cuándo? La degradación del sistema agroproductivo de la Pampa Húmeda y sugerencias para su recuperación* (Buenos Aires: Orientación Gráfica Editora).
- Occhipinti, L. 2002 "Land and Identity in two Communities in Northwestern Argentina" en *Journal of Latin American Anthropology*, 8/3.
- Pengue, W. 2000 *Cultivos transgénicos ¿Hacia dónde vamos?* (Buenos Aires: Lugar Editorial).
- Radonich, M., Steimbregger, N. y Ozino Caligaris, M. S. 1999 "Expansión productiva y espacial de grandes empresas frutícolas de la cuenca del río Negro" en *Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires).
- Reboratti, C. 1992 "Ambiente, producción y estructura agraria en el Umbral al Chaco" en *Estudios Geográficos* LIII, N° 208 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de España.
- Reboratti, C. y Sabalain, C. 2002 "El mundo rural de Argentina: modernización, fragmentación y crisis" en Segrelles Serrano, José

- A. *Agricultura y espacio rural en Latioamérica y España* (Madrid: Ministerio de Agricultura).
- Silva, José Graziano 1994 "Complejos agroindustriales y otros complejos" en *Agricultura y Sociedad* N° 72.
- Souza, J, *et al.* 1999 "Transgénicos: ¿otra vuelta al espiral de la subordinación a la agroindustria?" *Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires).
- Vesuri, H. 1975 "La explotación agrícola familiar en el contexto de un sistema de plantación: un caso en la provincia de Tucumán" en *Desarrollo Económico* N° 58/15.
- Warnken, P. 1999 *The Development and Growth of the Soybean Industry in Brazil* (Ames: Iowa State University Press).